

Un escritor ascético olvidado: El Padre Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658)

En el tercer centenario de su muerte

El tercer centenario de la muerte del P. Nieremberg está transcurriendo en el más completo silencio. No sabemos de ningún acto celebrado, ni de ningún estudio hecho en su honor, preterición que forma agudo contraste con el realce que han tenido el jubileo de otros escritores espirituales y la importancia de la producción ascética de nuestro autor¹. Es a la vez un símbolo expresivo del olvido en que yace uno de los autores más leídos y más populares en otros tiempos.

Nieremberg ha sido después del P. Rodríguez tal vez el jesuita más leído en España. El «Eusebio», como se llamaba popularmente a su libro *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, llegó a alcanzar una difusión y una popularidad comparables a la *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada. Muchos se lo sabían de memoria de tanto leerlo. Todo esto pasó. Hoy sus libros están arrumbados en los anaqueles de las bibliotecas.

¹ Los únicos trabajos que conocemos sobre el P. Nieremberg son la Semblanza biográfica hecha por el P. Alonso de Andrade, de carácter más edificativo que crítico, inserta en la ed. póstuma de los *Varones ilustres de la Compañía de Jesús* del P. Nieremberg. En la ed. de Bilbao, 1891, vol. VIII, p. 699-766, y el Estudio biográfico, crítico y bibliográfico de Ed. Zepeda-Henríquez que precede la ed. de las Obras de «Biblioteca de autores españoles» citada en la nota 3. En las Enciclopedias generales se suele dar una breve noticia de su vida y de sus obras. La más completa la incluída en KOCH, *Jesuitenlexikon*, col. 1295-1296. La lista de sus obras en SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, vol. V, col. 1725-1766. Nosotros utilizamos en este estudio la edición de sus *Obras* de Sevilla, 1686. Tres volúmenes. Incluimos la cita exacta del pasaje que citamos entre paréntesis a continuación de la misma cita. El primer número significa el tomo y el segundo la página o el folio, ya que esta edición tiene la anomalía de que el primer tomo está paginado y los otros dos foliados.

El factor que le ha alejado más de la generación actual ha sido su nimia credulidad. Nieremberg, ingenuo como un niño, cree todo por absurdo que sea. El P. Astráin, en frases no exentas de ironía, ha puesto de relieve a base de algunos ejemplos, su extrema simplicidad².

Pero hay que observar que esta falta de crítica se da principalmente en sus libros de historia y de ciencias naturales, que apenas conservan valor alguno en la actualidad. Pero su producción ascética se basa no en leyendas maravillosas, ni en hipótesis peregrinas, sino en la más auténtica teología. Nieremberg cree a ciegas, pero como el objeto de su credulidad es en este caso la revelación, sus libros son dignos de toda fe, y permanece inalterable la verdad de sus escritos.

Es verdad que introduce algunas comparaciones basadas en la ciencia deficiente de la época y aduce ejemplos históricos desprovistos de fundamento, pero estas piezas son paréntesis, párrafos accesorios que ni quitan ni ponen nada sustantivo ni definitivo en su pensamiento o desarrollo. También San Francisco de Sales ilustra sus enseñanzas con ejemplos inverosímiles de la biología o zoología, pero nadie deja de leerle por eso. Al contrario. Esas ingenuas páginas sirven de descanso psicológico, son una llamada a la realidad del ambiente en que se movía el santo. Gracias a esas muestras fosilizadas podemos valorar en su justa medida la grandeza del hombre que supo elevarse sobre sus contemporáneos y extraer una doctrina tan sublime y perenne.

Es muy distinto el crédulo Nieremberg de los *Varones ilustres* o de la fantástica Vida de San Ignacio, puesta en el índice por las excéntricas maravillas de que se hace eco, del escritor del *Aprecio de la divina gracia*. En los dos casos, es verdad, las obras están llenas de relatos portentosos, pero en su tratado teológico son relatos del mundo sobrenatural, verdades de fe. Las descripciones no sólo no sobrepujan a la realidad, sino que apenas alcanzan a ser sombra pálida de la acción interna que realiza la gracia dentro del alma.

Puede parecer que le aleja todavía más otra segunda nota, porque penetra más hondamente en la entraña de su estilo y modo de presentar las grandes verdades. Me refiero a su afán de ponderar aun lo más mínimo, de adornar cada una de sus expresiones e ideas con aderezos barrocos.

Pero en este aspecto es necesario hacer justicia al P. Nieremberg. No se debe olvidar que es uno de los escritores espirituales jesuítas de mejor estilo literario. Se le incluye con razón entre los clásicos castellanos por la exposición serena de los conceptos, la fluidez y elegancia de su estilo literario. Su origen germano no dejó huella alguna en su pluma que se desenvuelve con gran naturalidad y soltura. Sus cartas

² ASTRÁIN, ANTONIO, S. I., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, vol. V, 104-108.

se publicaron ya en 1915 en la colección de «Clásicos castellanos», y el año pasado se inició la edición de sus obras principales en la «Biblioteca de autores españoles», merecido galardón al valor literario de que gozan³.

Cada día se aprecia más a Nieremberg literariamente. Véase, por ejemplo, el juicio que emite de su estilo Zepeda-Henríquez:

«Nieremberg... es tal vez, respecto de sus contemporáneos, el escritor que está más a salvo de los vicios estilísticos de nuestro barroco. No peca de oscuridad como Gracián, ni de relamida elocuencia como Saavedra Fajardo. La prosa de nuestro jesuita, sin poder ser calificada de intachable cual la de Fr. Luis de León, nunca resulta extravagante en sus ornatos y tampoco rebuscada en la selección de los mismos; en suma, jamás cae en lo exageradamente conciso, en sutilezas o retorcimientos dialécticos, ni en derroche de verbosidad. Su estilo es caluroso y directo, fluido y meridiano... Y esta prosa tan rica cobra más gallardía y se inflama al soplo del arrobamiento místico o de la pasión estética. Menéndez Pelayo y Cejador están de acuerdo, a pesar de hacer ciertas salvedades, en ponderar a Nieremberg como un escritor elegante. De 'prosista elegantísimo' le califica el primero; mientras el otro nos dice que es 'de los escritores castellanos más fecundos, elegantes y elocuentes'. Y así la Academia española no vacila en incluirle en su preclaro Catálogo de autoridades de la lengua»⁴.

Así es. Su lenguaje es fluido, vigoroso. Sus exclamaciones y afectos recargados de imágenes y afectos, puro estilo barroco, encierran gran riqueza y abundancia de verdades teológicas. Su ornamentación literaria es maciza y densa. En algunos tratados, como en el de *Consejos espirituales* o en los *Soliloquios* se puede observar cierto dejo de estilo conceptista, a lo Gracián. Obsérvense, por ejemplo, estas frases de su obra *Prodigio y finezas del amor divino*:

«No vino este Señor a pedirnos nada, sino a darnos mucho. No le trajo necesidad suya, sino nuestra miseria. No vino porque le éramos necesarios, sino porque le habíamos menester a él. Para hacernos mil bienes entró en este mundo, para llenarnos de riquezas... Bien podía entrar mostrándonos su majestad y dándonos a entender lo mucho que hacía, pero no quiso atender a su grandeza, sino sólo a nuestro provecho, y más quiso declararnos su amor que asombrarnos con su majestad.» (2, 164r.)

Una de las cualidades que influyeron más en la popularidad del P. Nieremberg fue su estilo diáfano, salpicado de metáforas e imágenes

³ NIEREMBERG, *Epistolario*, Edición y notas de Narciso Alonso Cortés. Madrid (Ed. de la Lectura) 1915 (= Clásicos castellanos, n.º 30). NIEREMBERG, JUAN EUSEBIO, S. I., *Obras escogidas*. Vol. I. Estudio preliminar y edición de D. Eduardo Zepeda-Henríquez. Madrid (Atlas) 1957 (= Biblioteca de Autores españoles, 103).

⁴ NIEREMBERG, *Obras escogidas*, vol. I, p. XVII..

sumamente expresivas. Porque tiene nuestro autor el arte de saber dar con la imagen apropiada y la frase exacta que aclaran extraordinariamente los sublimes y abstractos conceptos teológicos.

Véase, como ejemplo, el modo tan bello y sugestivo con que habla de realidades tan difíciles de expresar, como la esperanza, la gracia y la caridad. Escribe sobre la esperanza:

«Nace la esperanza de la fe, como una flor del ramo, y del sol la luz, antes que el fruto y el calor de la caridad... Es una llena satisfacción contra la imposibilidad de la naturaleza para emprender y aguardar lo que la excede... Es una osadía del alma concebida de la largueza de Dios para alcanzar por nuestras obras la vida eterna, como por punta de lanza.» (3, 10v-11r.)

Para describir la gracia, su tema favorito, usa múltiples imágenes. Recojamos algunas de su libro *Del aprecio de la divina gracia*:

«La gracia habitual es como una hermosísima púrpura, ricamente bordada que diese un rey a uno que quisiese adoptar por hijo querido para que anduviese vestido con ella, representando la dignidad de hijo de rey y heredero de todas sus provincias.

La gracia actual y auxilios divinos, son como los consejos y advertencias y ayudas que diese el rey a aquel su hijo para que hiciese obras reales y nobilísimas, dignas de su grande dignidad, para que no la perdiese...

Pero porque la púrpura es vestido y cae por de fuera de nuestra persona, y la gracia está intrínsecamente en el alma, se puede declarar esto mismo con otro ejemplo de la salud y hermosura del cuerpo.

Porque la gracia habitual es como si a un enfermo y defectuoso de miembros y de rostro torcido y disforme, le diesen de repente salud entera y una admirable hermosura de rostro y disposición de todo el cuerpo.

La gracia actual es como los avisos y ayudas que darían a esta persona para conservarse con salud y con aquella disposición.» (1, 221.)

En otro capítulo va aplicando a la gracia las propiedades de la luz:

«La luz lleva los colores para que sean vistos y hermosos. Así la gracia eleva a las almas sobre su propia naturaleza para que sean miradas de Dios y hermosas y agradables a sus divinos ojos. Lo que son los colores sin luz, eso es un alma sin gracia...

En un aposento oscuro no hay diferencia del resplandor de oro, ni de la blancura de la plata a la negrura del carbón y azabache... De esta manera se han de mirar todas las criaturas racionales. Sin gracia están muertas, sin ellas no son respecto de Dios, sino como si no fuesen, pero así como llegando la luz... descubre la hermosura que parecía... así en llegando la gracia resucita las almas y las ilustra y eleva sobre su mismo ser y las representa a Dios muy hermosas.» (1, 354v-355r.)

Para no alargarnos demasiado, indiquemos sólo algunas de las bellas metáforas que emplea Nieremberg para describir la caridad. La compara con el fuego que «vuelve al hierro en una brasa»; que siem-

pre está crepitando —la caridad siempre está en actividad—; echando resplandores —la caridad siempre brilla—; «vuelve las cosas en polvo y ceniza» —la caridad deshace el pecado, o como se expresa él, está siempre consumiendo «el orín del pecado» (1, 338).

La compara también a una madre, «es madre de todas las virtudes». Es también parecida a un cíclope que levanta en vilo un gran peñasco o un monte. La caridad levanta «el peso de la voluntad humana, que es el amor, inclinado a las cosas de la tierra», y lo levanta hasta el mismo Dios (1, 337).

Otras veces se extiende en una alegoría continuada de modo algo forzado para nuestro gusto. Así cuando compara la pena del pecado a la sombra —«El pecado es como el cuerpo del mal, la pena es como su sombra» (1, 173)— y sigue aplicando las propiedades de la sombra al pecado, o la vida concertada y ordenada a un reloj (3, 98r), o el modo de irse liberando de la tibieza al salir de un cuarto en llamas 3, 146r).

En las cartas va adaptando las comparaciones y ejemplos a la profesión del destinatario o al ambiente en que vive. Así escribiendo a un matemático va probando sus afirmaciones con principios tomados de la geometría (3, 95r). A una señora rica le habla de las riquezas y joyas espirituales que se ganan con una vida virtuosa (3, 91r). A uno que «gustaba de ver remedar a otros» le pone delante la imitación de Jesucristo (3, 129).

Gracias a este cúmulo de metáforas e imágenes y a su precisión teológica, le basta muchas veces una frase gráfica para describir una profunda realidad. Para indicar el estado en que queda un alma después del pecado, usa la siguiente expresión: «En un instante el que valía más que todo el mundo, vale menos que una paja» (1, 234).

Véase también con qué precisión y exactitud resume las características de la Omnipotencia divina:

«A quién no admira vuestra Omnipotencia que sin nada y de la nada hacéis todo lo que queréis sin instrumento, sin materiales, sin fuerza, sin trabajo, sin otro ejecutor, sin tiempo?» (2, 333r.)

* * *

Nieremberg además de ser un gran literato, es un auténtico teólogo espiritual. Profundiza, como pocos, en el dogma. Basta ver cómo va exponiendo puntos que podían parecer accidentales. Tiene en cuenta sentencias aun de otras escuelas, como de Escoto. Por ejemplo, al hablar de la reviviscencia de la gracia, para insistir en los males que se siguen del pecado, aun cuando después se reconcilie uno con el Señor, aduce la sentencia de algunos autores, como Vázquez, de que no reviven los méritos obtenidos en virtud de los sacramentos (1, 372).

Sus obras son la mejor prueba del conocimiento que posee de los Padres y de la escolástica.

Su lectura deja una sensación de seguridad y de verdad. Se palpa en seguida que sus argumentos se basan en la roca inmovible de la sagrada Escritura y de que están respaldados por la autoridad de los sabios más eminentes, eclesiásticos y seculares, católicos y paganos. Porque él cita a todos y se aprovecha de todos. Busca la verdad donde sea. Con su pasmosa erudición sabe dar con la pista de lo que le interesa. No ha llegado todavía la época de la especialización. El sabe de todo: espiritualidad, moral, teología, filosofía, todo lo ve junto y enlazado entre sí. El nos da la savia teológica que nutre sus consideraciones ascéticas, y va elaborando una espiritualidad eminentemente teológica.

Nuestro autor tiene además otro gran mérito, poco frecuente entre los autores de su tiempo. Se dirige a todo el hombre, no sólo a la inteligencia y la voluntad. No le basta iluminar el entendimiento con una meridiana claridad de conceptos. El quiere sojuzgar la imaginación con una rica variedad de imágenes, encender el afecto con el pábulo de su afecto y de su represada tensión espiritual, mover la voluntad con la fuerza de su vigoroso razonamiento.

Nieremberg sabe cautivar a todo el hombre. Se impone su convencimiento personal, el testimonio ardiente de su fe y de su ilusión. Despliega ante el hombre, ávido de belleza, el maravilloso panorama de la hermosura divina y apaga la sed humana de goce y bienestar con la presentación de la felicidad inexhausta de la divinidad. No se cansa en poner una y otra vez delante del lector la dicha que embriaga a los santos, es decir, a los hombres llenos y poseídos enteramente de Dios, que por su entrega plena al ideal consiguieron percibir de alguna manera la luz y la grandeza del mundo sobrenatural.

* * *

He aquí en cifra las notas que alejan al P. Nieremberg de los gustos de nuestra generación, y las que le acercarían, si se volviera a leerle. Para facilitar esta vuelta, hagamos la presentación de su persona y de su producción espiritual e intentemos penetrar en el mundo espiritual en que se mueve y que pone delante del lector en sus obras.

Juan Eusebio Nieremberg nació en Madrid de padres alemanes, que servían a la corte real de los Austrias. Su madre, camarera mayor de la emperatriz, se trasladó a España acompañando a María de Austria, esposa de Maximiliano I e hija de Carlos V⁵.

⁵ Los datos principales de la vida en la Semblanza biográfica de Andrade citada en la nota 1 y en la introducción de Zepeda-Henríquez a la ed. de la «Biblioteca de autores españoles», p. XIII-XVII.

La juventud se deslizó en ambiente de nobleza y de corte. Estudió primero latinidad y letras humanas en el colegio imperial de los jesuitas de Madrid, y acudió luego a las universidades más célebres de la época, Alcalá y Salamanca, donde cursó cánones y leyes. Se iba formando conforme a la categoría de su linaje y a las posibilidades de la época. Esta amplitud de formación inicial tuvo gran influjo en su cultura amplia y universal y se refleja en la elegancia de su estilo.

Pero su vida iba a tomar pronto un rumbo distinto. A raíz de unos ejercicios, determinó entrar jesuíta. Sin perder tiempo se presentó en Villagarcía de Campos, donde fue admitido el 2 de abril de 1614. Comenzó allí a empaparse del nuevo espíritu, que le transmitía con su característica serenidad y eficiencia su maestro de novicios el P. Diego de Sosa «tres veces maestro de novicios, uno de los superiores más eminentes que tuvo la antigua provincia de Castilla, que llegó a ser provincial, visitador de México y asistente de España»⁶.

Poco tiempo pudo gozar el joven novicio del influjo benéfico de tan eminente maestro y de la paz y reposo de Villagarcía. Su padre, interponiendo el valimiento de la familia real, consiguió un Breve del Nuncio de su Santidad que le facultaba para sacar a su hijo del noviciado.

El padre le obligó a una vida de libertad y trato mundano, pero no consiguió doblegar su voluntad, ni hacerle cambiar de propósito. Vencido por la constancia de su hijo, le otorgó por fin el necesario consentimiento, con tal de que entrara en el noviciado que tenían los jesuitas en la capital madrileña. Hízolo así el joven al poco tiempo.

El resto de su vida transcurrió por un cauce mucho más normal y tranquilo. Acabada la formación normal de todo jesuíta, explicó durante dieciséis años gramática y ciencias naturales, y tres años sagrada Escritura en los recién fundados Estudios reales de Madrid. Los últimos catorce años los pasó retirado. Una penosa enfermedad le dejó medio paralizado.

Este sencillo marco externo de su vida no refleja la intensa actividad que desarrolló no sólo como profesor, sino como director de almas de toda clase de personas, principalmente de la alta nobleza de la corte y sobre todo como escritor. Su producción literaria fué extraordinaria. Sommervogel aduce 57 obras impresas. Koch habla de 73⁷. Nosotros prescindimos aquí de sus obras históricas y científicas, desprovistas, como ya hemos indicado, de valor crítico, y nos limitamos a las de índole espiritual.

El escrito más popular fue, como señalábamos al principio de este trabajo, el publicado en 1640 con el título *Diferencia entre lo temporal*

⁶ Mi trabajo *Espiritualidad de Villagarcía*, p. 172-173 en *Villagarcía de Campos*. Evocación histórica de un pasado glorioso. Bilbao, 1952.

⁷ KOCH, 1295; SOMMERVOGEL, 1765.

y *lo eterno*. Ha tenido cerca de 60 ediciones y se ha traducido a las principales lenguas europeas: inglés, francés, italiano, alemán, flamenco, portugués, etc., y aun al árabe, guaraní y otras lenguas aborígenes americanas ⁸.

Aunque no llegara a alcanzar tanta popularidad, le supera en valor y altura teológica la obra más completa salida de su pluma, a juicio de la mayoría de los intérpretes, su tratado sobre el *Aprecio y estima de la divina gracia*. Difícilmente se encontrará otra obra que ponga al alcance de un seglar de cultura media con tanto vigor, claridad y belleza la sublime doctrina de la gracia con todo lo que ella supone y realiza en el alma. El P. de Guibert lo considera como «uno... de los más bellos tratados espirituales sobre la gracia santificante y los incomparables privilegios que aporta el justo» ⁹. Se sabe que el gran teólogo Scheeben, entusiasmado con la riqueza y profundidad de esta obra, la adaptó al alemán ¹⁰.

Merecen también mención especial otras cuatro obras suyas. La primera, la *De la hermosura de Dios y de su amabilidad*, es una bella y sentida exposición de los atributos de Dios nuestro Señor que culmina en una apoteosis exultante de «gozos» hacia las inconmensurables finezas del amor divino.

Emparejemos entre sí por la gran afinidad que tienen las dos obras que queremos citar en segundo y tercer lugar. Son las tituladas *De la afición y amor a Jesús* y *De la afición y amor a María*, en las que, con pluma encendida de amor, va mostrando el P. Nieremberg el modo singular con que nos amaron Jesucristo y la Virgen, y el amor que les prodigaron el Eterno Padre, los ángeles y los grandes santos. Al final como conclusión de estas finezas va indicando el modo que ha de tener nuestro amor al Señor y a la Virgen.

La cuarta obra es de carácter menos afectivo y más teórico. La tituló el autor *La Vida divina y camino real para la perfección*. Centra la santidad el autor en esta obra en torno al cumplimiento de la voluntad de Dios. Para que el cristiano pueda llegar a las cimas más altas de la perfección, le basta cumplir con las exigencias propias del estado en que se encuentra. No sólo es éste un camino de la santidad, sino

⁸ JOSÉ M.^a DE CASACUBERTA ha probado en *Estudis Romànics* 3 (Barcelona, 1951-1952) 1-56 que este libro del P. Nieremberg constituyó la primera fuente del gran poema de Verdaguier, *La Atlántida*. Según Zepeda-Henríquez (*Obras escogidas* I, p. XXI) las Reflexiones sobre el estado del hombre (1684) de Jeremías Taylor están tomadas casi a la letra de una traducción inglesa de esta obra.

⁹ DE GUIBERT, JOSEPH, S. I., *La spiritualité de la Compagnie de Jésus. Esquisse historique*. Roma, 1953, p. 310.

¹⁰ *Die Herrlichkeiten der göttlichen Gnade* nach P. Eusebius Nieremberg frei bearbeitet von DR. M. JOS. SCHEEBEN. Freiburg (Herder) 1862. 2.^a edición aumentada y perfeccionada en 1864. Nueva edición preparada por el P. A. Weiss. Freiburg (Herder) 1925.

«el camino más breve de la vida espiritual», o, como dice en el subtítulo, es «el camino real de grande atajo para la perfección».

Aun en este tratado de carácter más moral se nota en seguida la huella del gran teólogo. Para mostrar toda la grandeza contenida en la conformidad con la voluntad divina, va explicando la uniformidad y la deiformidad y vida divina de que participan las almas santas.

También alcanzaron gran difusión estas cuatro obras, aunque no llegaron a la inmensa popularidad del «Eusebio». Se tradujeron a las principales lenguas europeas y se multiplicaron en varias ediciones. Pero no sólo estas cuatro obras, sino casi toda la producción espiritual del P. Nieremberg es de carácter preferentemente teológico, está impregnada de afecto y unción suave, y estimula sin cesar al alma a la confianza en Dios, al aumento de la gracia y al cultivo de la vida espiritual.

Influye en ello el temperamento personal del Padre, devoto y afectivo, junto con el ambiente espiritual de la primera mitad del siglo XVII en que, siguiendo la línea de San Francisco de Sales, se buscaba encender al alma en el más acendrado amor de Dios, se tenía muy en cuenta lo gustoso y agradable y se exaltaban los valores naturales.

Sólo hacia mediados de siglo viene la fuerte reacción antimística, el jansenismo y el moralismo. Bremond pone la frontera divisoria entre las dos tendencias en el libro de Antonio Arnauld sobre la comunión frecuente, publicado en 1643. Ciertamente que ese libro, más que libro pregón revolucionario de una nueva piedad, influyó notablemente en el cambio profundo que se operó en pocos años¹¹. Nieremberg, aunque murió en 1658, publicó la mayoría de sus obras en la primera mitad del siglo. En sus últimas obras impresas en unos años, en los que sin duda comenzaban ya a sentirse síntomas de la reacción contra el humanismo devoto y la piedad afectiva, se nota ya una tendencia más moralizadora y una insistencia mayor en la práctica de las virtudes.

Acusan principalmente esta tendencia sus dos tratados, el publicado en 1642 *Causa y remedio de los males públicos* y el de 1643 *Partida a la eternidad y preparación a la muerte*. Tomado sin embargo Nieremberg en su conjunto hay que colocarlo entre los autores espirituales que van más bien a crear una atmósfera de confiado optimismo y patrocinan una orientación positiva de la vida espiritual. El estudio de sus características internas fundamentales constituirá la mejor prueba de este aserto.

* * *

¹¹ BREMOND, HENRI, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis la fin des guerres de religion jusqu'à nous jours*. Paris, 1924, vol. I, p. 378-389.

La característica principal, en nuestra opinión, es su acusado *teocentrismo*. Hable de lo que hable siempre busca las relaciones que tiene con Dios el tema que está tratando, y no se para hasta llegar al mismo Dios a través de una línea teológica impecable. Había descubierto en su oración personal las profundidades maravillosas de la plenitud divina y se afanaba por hacer participantes a las almas de su experiencia espiritual.

Parece que el único problema que le preocupa es el de Dios. Para él no existen complicaciones psicológicas, ni dificultades para llegar a cima tan elevada. De ahí la falta de problemática que se nota en sus obras. Es el teólogo que se mueve en la zona serena de la divinidad, no es el psicólogo que se adentra en la zona compleja del alma humana. El conocimiento y el amor de Dios son sus problemas, es lo que le sacia, tras lo que camina sin cesar. Esa ansia le quita la sed de otros conocimientos y de otros amores.

Una luminosidad interna especial informa los pasajes en que el P. Nieremberg trata de Dios, su tema favorito, del que no sabe prescindir. Le dedicó varios libros enteros. El más complejo por la amplitud del tema y el más elaborado en su estructura, es el ya citado, que lleva el título típicamente barroco: *De la hermosura de Dios y su amabilidad por las infinitas perfecciones del ser divino*.

Va aplicando a Dios los caracteres y cualidades que exigen los teóricos de la estética, los filósofos cristianos y paganos, para que una cosa sea hermosa, ya que la belleza natural es un reflejo de la divina. La obra es una especie de gigantesco comentario de la Contemplación para alcanzar amor. Va subiendo de la belleza creada a su fuente, la belleza increada, y mostrando la belleza encerrada en la bondad, inmensidad, eternidad, inmutabilidad, simplicidad, suficiencia divinas. Es un estudio de una faceta demasiado olvidada de Dios, de tendencia muy moderna, en que puede cimentarse un análisis del valor de las cualidades naturales.

En las otras dos partes realiza un estudio parecido de la hermosura de Cristo, la Eucaristía, el Espíritu Santo, la gracia, el cielo. Va siempre, con finura sin igual, rastreando la huella de la hermosura celestial que se refleja en cada elemento, y mostrando a través de este rastro la hermosura existente en el mismo Dios.

Otra obra en cierto sentido paralela es el *Prodigio del amor divino y finezas de Dios con los hombres*. Con el mismo método va buscando el amor que se refleja en todas las manifestaciones de la divinidad. Antes se trataba de la hermosura, ahora del amor, pero el camino que sigue y las conclusiones a que llega son idénticas.

Su opúsculo *Ejercicio del afectuoso amor a Dios, por los gozos de sus divinas perfecciones* es como el epílogo de esa obra, transido de cálido afecto y de emoción ardiente, en que se aprecia cómo vibraba

con estas grandes realidades y vivía pendiente de ellas. Todo su ser se conmueve con inusitada vehemencia al contacto de Dios:

«Todas las finezas —escribe— y extremos que han hecho los santos por amor de Dios, y los que deben hacer por su infinita hermosura y perfección infinitamente amable, son muy cortos y quedan muy inferiores a la amabilidad que merece, y así debemos suplir con afectos y deseos lo que falta a nuestras obras, principalmente, pues la sustancia del amor está en el alma y en la voluntad. Y pues el amar no es otra cosa que querer bien para otro, debemos ejercitar esta buena voluntad y afecto para con Dios, gozándonos de sus infinitos bienes, pues no podemos querer a Dios cosa mejor de lo que él tiene.» (2, 339r).

Su gozo era gozarse de Dios, y su alegría, alegrarse de las perfecciones y de los triunfos divinos.

Me ha maravillado lo relativamente poco que habla el P. Nieremberg de la humanidad de Jesucristo. Las citas del evangelio son muy escasas, y contrastan más con los múltiples textos que aduce de teólogos y filósofos, incluso paganos. Su mismo tratado *De la afición y amor a Jesús* es más un desarrollo del tratado del Verbo encarnado, que una contemplación evangélica. Pasa en él revista a los títulos que tenemos para amarle: lo que hizo y padeció por nosotros, su hermosura, la del cuerpo y la del alma, su santidad, humildad, generosidad, «el ser de nuestra carne y sangre y cabeza de nuestro linaje y esposo verdadero», su dignidad y sus merecimientos.

Habla mucho en sus obras de la Eucaristía, pero fijándose casi siempre en las perspectivas divinas de este misterio. Aun en una carta en que exhorta a la imitación de Jesucristo, le llama con esta fórmula tan compleja «Dios hombre Cristo Jesús» (3, 129r). No es que Nieremberg niegue el valor del evangelio. Habla expresamente de la contemplación del nacimiento y de la encarnación (3, 129v), de la necesidad de imitar a Jesucristo y del fallo de los que quieren llegar hasta Dios sin pasar por Jesucristo (2, 97v), sino que él, habituado a contemplar la divinidad, espontánea e irrestiblemente se eleva a la naturaleza divina del Redentor. Escribe a uno sobre el pecado. Apenas comienza a hablar, pasa a su zona favorita, y le expone cómo es necesario considerar «cuántas misericordias hizo Dios en Cristo», y «cuántas hace y hará por Cristo» (3, 137v), y sin más se pone a explicar estos puntos de tanta profundidad y riqueza teológicas.

«Cristo —escribe también— es libro sin erratas. Lean en él» (3, 142v). Pero todo Cristo, su alma y su cuerpo, su humanidad y su divinidad.

Aun al hablar de cosas que pueden parecer más ajenas, como las limitaciones y miserias humanas, las desdichas terrenas, se remonta en seguida a Dios. Baste, para no alargarnos, un solo ejemplo que nos muestre cómo ve a Dios en las enfermedades:

«Muy suave le es la aflicción a aquel que perfectamente se resignó en el Señor, porque en El (que es el que la envía) seazona y hace divina y semejante a Dios. Y como este tal no busque, ni ame, ni reciba gusto en alguna cosa fuera de Dios, así lo halla en cosas amargas y contrarias como en la suma dulzura, porque no es posible que uno sufra algo a gloria de Dios, sin que en ello halle algún gusto de Dios, y aunque acaso no lo sienta, quiero decir, que sensiblemente no lo guste, escondiéndose Dios a tiempo, mas esto que sufre no puede dejarle de saberle bien, porque entiende que quiere sufrirle a gloria eterna de su Criador, pues no es posible que el honrar a Dios puramente carezca de algún gusto divino.» (1, 656v.)

Así es Nieremberg. Saca de lo más vulgar y cotidiano la esencia de la más pura teología. Engarza las ideas más bellas y sublimes en los sucesos de cada día.

* * *

Otra característica suya, consecuencia de su teocentrismo: la *sobrenaturalidad*. Su pluma no puede dejar de rezumar el ambiente sobrenatural en que se mueve. Lo sobrenatural constituye la atmósfera que impregna su producción. Si ve en todo a Dios, tiene que reflejar a Dios en todo y juzgar la realidad en sus detalles más insignificantes con criterios divinos.

Se trata de una actitud muy definida, con fronteras muy precisas. Salta sin miedo la valla de la sensualidad y de lo terreno y se sitúa del otro lado de la frontera terrestre. Ve todo con ojos de eternidad. A esta luz traba una teología de la historia simple, demasiado simple, pues no tiene en cuenta más que un factor, el sobrenatural: Los pecadores son la causa de todos los males públicos. Su obra «Causa y remedio de los males públicos» es la demostración de esta tesis (3, 170r). Para restablecer el bienestar público, basta que «templemos... nuestros gustos, quitemos nuestros vicios, reformemos nuestras costumbres, cumpla cada uno sus obligaciones» (3, 179r). Hasta las victorias hace depender no tanto «del número de soldados y armas, cuanto de virtudes» (3, 172r).

Otro libro dedica a probar la tesis complementaria: que los bienes públicos provienen de las virtudes. Es la obra titulada *Corona virtuosa en que se proponen los frutos de la virtud de su príncipe*.

«Como los pecadores del pueblo —enuncia en el mismo prólogo— son la causa de las ruinas de los reinos, pueden también las virtudes de un príncipe ser el reparo de su Imperio.» (3, 219r.)

Y para probar con más fuerza su aserto va presentando una galería de reyes que descollaron por su virtud.

Colocado en esta vertiente, juzga como un bien el morir en la infancia, antes de haber podido cometer un pecado y cuando se tiene

«cierta su predestinación» (3, 108r). Los miembros paralizados —no se olvide que estuvo él imposibilitado varios años— son para él «manos sobrenaturales» (3, 119r). La fecundidad viene de Dios, quien se sirve a su gusto lo mismo de los que trabajan que de los que externamente no realizan nada (3, 127v). La virtud puede suplir con creces el talento (3, 102v), y la oración se alcanza mucho más que con documentos humanos con la mortificación y la humildad (3, 101r).

Nieremberg se mueve siempre en la misma línea y dentro de la misma órbita: la sobrenatural. Precisamente porque se trata de algo íntimamente sentido por él, no de algo postizo y convencional, da a sus palabras calor y fuerza, y a todo su estilo vida y pasión. Lo sobrenatural se ha injertado en él como una segunda personalidad y participa de sus reacciones más íntimas.

No encuentro otro modo de indicar el estado pasional con que habla de lo divino que comparándolo con un enamorado o un avaro. El mismo ha dejado constancia de su actitud ardiente y vital en el título de un bello tratado sobre la gracia. Lo llama «Codicia santa de gracia y merecimiento». Transpone al orden sobrenatural la pasión de la codicia.

Como él mismo se expresa:

«Los codiciosos de bienes temporales no pierden punto de su interés y se desvelan en trazas siempre nuevas, por una triste ganancia de la tierra. No es razón que la gente espiritual sea menos solícita y codiciosa de los bienes eternos, dejando por descuido desaprovechadas muchas ocasiones de adelantarnos, sin ser necesario añadir trabajo. Qué mercader hay que si puede ganar con alguna cosa, la deje perder? Y si puede ganar con una pieza doblado, que se contente con la ganancia ordinaria? Pues por qué nosotros, si podemos ganar gracia con muchas cosas necesarias y de suyo no meritorias, hemos de desperdiciar esta granjería? Y por qué en las meritorias con que podemos granjear doblada gracia, nos hemos de contentar con merecerla sencilla? Y por qué, si aun sin obras exteriores ni trabajo podemos adquirir gracia, lo hemos de desaprovechar y no gozar del barato?» (2, 310r.)

Se exalta y se ilumina todo su ser como un apasionado, cuando comienza a tratar de la gracia. Recuerda con fruición que «un grado de gracia es más que todo el universo» (1, 233r). Como un avaro, va aprovechando hasta las últimas partículas de bien tan excepcional, y buscando en los tratados teológicos el modo de merecer lo más posible con cada acto, en cada momento, con un entusiasmo que al que no esté poseído de esta visión divina, puede parecer una actitud exagerada y ridícula. En este afán llega a descubrir que se puede merecer con un acto hasta tres gracias, y gozoso comunica su hallazgo.

Se adquiere —explica él— un mérito con cada acto puesto en gracia, presupuestas las debidas condiciones. El segundo se gana, cuando se realiza este acto en orden a disponerse a la recepción de un sacramento «de suerte que a la humildad, caridad y afecto con que

llega un alma a comulgar, le cabrán dos gracias, una es la que merecen aquellos actos, la otra, la que se da por el sacramento, cuyas disposiciones son» (2, 310v).

Y todavía se puede merecer una triple gracia «por razón del sacramento de la confesión, si el confesor la señala en penitencia, y así —continúa con santa avaricia— ha de pedir uno al confesor, no sólo que le dé grandes penitencias, sino que todas las obras que hiciere sean en penitencia, para que por virtud del sacramento sean más satisfactorias» (2, 310v).

Domina toda su obra esta sicología de «mercader» o comerciante, este afán de no perder la más mínima partícula de gracia. Aun cuando habla de algo de índole tan distinta, como es el testamento, va indicando el modo de merecer más (1, 670r).

Su tratado sobre la *Estima de la divina gracia*, que ya hemos presentado como su mejor obra, obedece a esta consigna. Necesita presentar las riquezas encerradas en el tesoro de la gracia para que las almas se percaten de la pérdida que lleva consigo el no aprovecharla del modo debido.

De este anhelo incoercible procede también su afán por ganar indulgencias, practicar la más severa penitencia y multiplicar los actos de virtud. Todos son medios de aumentar el caudal de «bienes verdaderos», como los llama él contraponiéndolos a los bienes efímeros de esta vida.

Aunque pudiera parecer otra cosa por el título, su libro más popular, el «Eusebio» por antonomasia, es decir, el tratado *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno y crisol de desengaños*, pretende más que mostrar lo caduco de los bienes de aquí abajo, el valor imperecedero de los eternos. El énfasis barroco de su estilo procede de esta efervescencia interna en que se pone todo su ser al tocar este tema. Es la actitud pasional del enamorado que no conoce límite en sus manifestaciones amorosas.

Nieremberg traspasa al lector algo del hervor que le inflama. Impresionan el cúmulo de exclamaciones, afectos que brotan de su pluma incandescente. En este estado de ebullición va además capacitándose para captar realidades sobrenaturales que en otra disposición interna no hubiera llegado a percibir. Hace falta una sincronización espiritual muy delicada para vibrar al unísono con algunas verdades de hechura plenamente espiritual. De aquí procede el reposado paladeo de lo sobrenatural que rezuman sus escritos. Elevado a esa zona de efervescencia va degustando las grandes realidades en su más pura esencia. Decíamos que la «hermosura de Dios» ha constituido el tema de un libro. No le basta comprender la verdad de las perfecciones divinas. Necesita llegar a gustar su belleza.

Elijamos un párrafo entre mil, uno en que explica los goces del cielo.

«Es la gloria como un océano de gozo, en el cual entran los santos como una esponja entraría en el mar, que empapándose según su capacidad en agua, le sobran aguas y rodean por todas partes. Porque como dice San Anselmo: El gozo estará dentro y fuera; gozo en lo alto y lo bajo; gozo por todas partes alrededor y en todas partes gozo lleno... Así como una lámina de hierro en medio de un grande horno encendido, de tal manera se enciende y es penetrada de aquel fuego, que parece el mismo fuego y tiene todo el ardor del horno, así también el alma bienaventurada toda está llena de aquel gozo eterno, de suerte que no sólo se puede decir que está gozosa, sino que es el mismo gozo.

Pero juntándose la abundancia de los gozos eternos con su inexplicable grandeza, es inefable aquella bienaventuranza eterna... Porque ni los ojos vieron, ni el oído oyó, ni vino al pensamiento o corazón del hombre, lo que Dios tiene preparado para los que le aman, porque se gozarán los santos de lo que está sobre sí, que es la visión de Dios, de lo que está debajo de sí, que es la hermosura del cielo y las otras criaturas corporales, de lo que está dentro de sí que es la glorificación de su cuerpo, de lo que está fuera de sí, que es la compañía de los ángeles y hombres. Dios apacentará a todos los sentidos espirituales con una deleitación inefable, porque El ha de ser el objeto de todos, porque será a la vista espejo, al oído cítara, al gusto miel, bálsamo al olfato, flores al tacto. Allí estará la claridad de la luz del estío, la amenidad del verano, la abundancia del otoño y el sosiego del invierno.» (1, 136r.)

Nieremberg, gracias a esta tesitura espiritual en que se pone, llega a gustar y saborear realidades tan espirituales y difíciles de percibir, como la gracia. Su libro *Aprecio de la divina gracia* una vez más nos da la mejor prueba. Después de ir contemplando despacio la naturaleza y cualidades de la gracia, se detiene a saborear «los gustos celestiales» (1,323r) que hay en ella. Y sigue con comparaciones atrevidas aplicando los gustos del matrimonio a los de la gracia. Y en *Ejercicio de afectuoso amor de Dios por los gozos de sus divinas perfecciones* (2,339r), prorrumpo en los más ardientes afectos, como quién no puede contener la dicha de que se siente embargado.

★ ★ ★

De tanto moverse en este ambiente sobrenatural, va insensiblemente impregnándose de él y asimilando su fuerza y su virtud, y creándose un extraordinario *optimismo espiritual*. Consciente de la potencia de la gracia, nada le parece difícil, ni imposible.

Sin duda ninguna este optimismo espiritual colorea de modo inconfundible su espiritualidad y forma el sustrato de su ideología. A pesar de las lamentaciones del ambiente malsano en que tiene que moverse, y de que se queja del avance arrollador de la impiedad y de las continuas asechanzas de los enemigos del alma, él se atreve a exigir la perfección más alta. No le arredra dificultad alguna, cuando se trata de la santidad. Pocos autores muestran una confianza tan sentida y real en la gracia como él. Lo importante es dejarse mover por Dios.

Lo demás lo hará El. Aunque aparentemente parezca que no realizamos nada, no tenemos que desanimarnos, ya que Dios realiza sus obras callada e insensiblemente.

«Nunca se desconsuele uno de poder poco, pues puede amar mucho a Dios. Muchas veces conviene que no haga nada, para que pueda hacer cosas grandes. Treinta años estuvo en silencio Cristo y no mereció menos que el día que padeció tan rigurosos tormentos y los tres años que predicó. Mucho hace (el alma) si mucho ama y quiere hacer mucho, que cuando no puede más, se le pasarán en cuenta sus deseos.» (3, 161v.)

Fiel a esta consigna no aterroriza con descripciones macabras, cuando habla de las verdades eternas, como tantos autores de la época, sino que prefiere incitar a la confianza y esperanza en Dios.

El enfermo «no ha de desmayar por verse cargado de pecados, sino conformarse con morir cuando Dios quiere», considerando «la grandeza de la misericordia divina, que en un punto le perdonará cuanto pecó en todos los años de su vida, aunque fuesen más de mil, si tiene verdadera contrición» (1, 661r). Hay que alentarle «con la esperanza de la gloria», «pues tiene tan grandes prendas de alcanzarla, porque muere lográndose en el fruto de la sangre de Cristo, por los sacramentos que ha recibido en que se le han aplicado los méritos de su santísima pasión... Tenga esta por suma dicha, considerando la grandeza de la gloria que le espera y que le convida su redentor con ella» (1, 671r).

Se observa la misma táctica optimista al hablar de la adversidad. Nieremberg no se cansa de presentar los bienes que se derivan de ella. Es un gran don de Dios el que nos depare, por medio de lo que a nosotros nos parece desdicha, tantas ocasiones de merecer gracias extraordinarias, «porque —continúa él, dando, como siempre, la razón teológica—, aunque es verdad que el merecer está en nuestra mano por la gracia divina, pero la ocasión de ejercitar virtudes heroicas no está en nuestra potestad, sino en la disposición divina» (3, 89v).

«Como oye a muchos decir: Pésame que padezca v. md. tanto mal, lástima es que dure tanto años enfermedad tan penosa, se había de holgar que dijera alguno todo lo contrario: Gózome que padezca v. md., alégrome que tenga que ofrecer a Dios, y había de desear oír mil norabuenas de los males de su cuerpo y que le dieran parabienes de lo que Dios hace para provecho de su alma... porque es un gran beneficio que Dios le ha hecho y téngale por tal y estime por gran dicha, y tal que encierra en sí grandes bienes y muchos.» (3, 111v.)

Nieremberg acentúa esta tónica optimista en todos los temas que aborda. Se trata de su concepción de la vida espiritual íntegra, basada en las fuerzas que la integran, la providencia de Dios y la gracia, y no puede traicionarse a sí mismo. Su misión, su mensaje consiste en pre-

gonar la fuerza encerrada en los valores sobrenaturales y llenar de confianza a las almas que los manejan.

Así al hablar de la virtud recalca los bienes que aporta aun para esta vida (3, 107v). Lo mismo hace, como acabamos de ver, al tratar de la adversidad (3, 91v, 95v) y de cualquier materia que comience a desarrollar.

Gracias a esta táctica consigue suscitar en el lector una confianza ciega en la gracia y en la providencia divina, que posesionándose en el alma haga que no se fije en sus debilidades y miserias, sino en la fuerza sobrenatural que dimana de las armas que Dios tan misericordiosamente pone a su disposición y alcance.

* * *

Forma un fuerte contraste con esta euforia sobrenatural, la *desconfianza extrema de los valores naturales* y del ambiente que respira la obra del P. Nieremberg. Es necesario reconocer que bajo este punto de vista sincroniza muy poco nuestro autor con los gustos de la generación actual.

Nieremberg con la misma insistencia con que recalca la grandeza de lo sobrenatural, pondera la pequeñez y aun lo desordenado de lo que él llama con término que le gusta repetir, «lo temporal».

«En *La diferencia de lo temporal y lo eterno* va considerando qué es en sí la sustancia y tomo que tienen las cosas temporales... En sí son tan pequeñas, tan viles, tan dañosas por la mayor parte y tan desordenadas, que aunque fueran eternas, debían ser despreciadas, porque no sólo se ha de mirar lo poco que son por su naturaleza, sino lo malo que son por nuestro abuso, porque al mundo que de suyo fuera tolerable, le hemos puesto tal, que los mismos que más le aman no le pueden sufrir y sobre los bienes naturales ha inventado otros artificiales nuestro insaciable apetito.» (1, 94v.)

Pocos suscribirían hoy semejantes afirmaciones. Es consecuencia de la lejanía desde la que contempla Nieremberg los bienes mundanos.

Este texto nos suministra una prueba más del entusiasmo que dominaba todo el ser del P. Nieremberg cuando se remontaba a su región favorita de lo sobrenatural. Abstraído en su visión, no acierta a ver otra cosa. Todo tiene que relacionarlo con la realidad que le domina, la realidad sobrenatural, y es claro que en su comparación, lo natural y «lo temporal», tiene que resultar siempre demasiado efímero. De ahí que tenga frases tan poco comprensivas para el mundo y oponga a su diáfano optimismo sobrenatural un tétrico pesimismo natural.

Véase cómo escribe en su obra *La diferencia de lo temporal y lo eterno*:

«Lo menos que hacen los bienes de este mundo es engañar y desvanecer las esperanzas humanas, antes se puede tener por bien librado quien sólo sale de su amistad burlado. Porque son muchos los que fuera de quedar sin lo que deseaban, topan lo que aborrecían, y en lugar de hallar descanso topan afán, y en lugar de la vida, muerte, y aquello que más aman se les convierte en ponzoña...

La causa porque los bienes de esta vida molestan a la misma vida, es por los peligros que traen, por las obligaciones en que empeñan, por los cuidados que piden, por los temores que cabían, por las desgracias que ocasionan, por los aprietos en que ponen, por los trabajos que acarrean, por los deseos deordenados que les acompañan, y finalmente por la mala conciencia que tiene quien más lo estima.» (1, 119/120.)

No se cansa Nieremberg de insistir a lo largo del libro en lo engañoso que es todo lo temporal (1, 116), y de modo más general en lo poco que es el hombre «mientras es temporal» (1, 112).

Es el hombre —insiste todavía— «un cuerpo debilitadísimo y frágil, desnudo por su naturaleza y sin armas, necesitadísimo de ayuda, arrojado a toda injuria de la fortuna, impaciente del frío y del trabajo, fabricado de cosas flacas y flúidas... Es un fantasma del tiempo, uno que mira a la vida, un esclavo de la muerte, un caminante pasajero, un huésped del lugar, un alma trabajosa, una habitación de poco tiempo.» (1, 112.)

Impresionante letanía de debilidades que van minando al hombre. En resumen. Considera Nieremberg «lo temporal, por nada» (1, 205), y su actitud ante el mundo es la de desprecio de sus bienes. Pero —y aquí radica lo más profundo de su pensamiento— llega a este desprecio a través de la virtud teologal de la esperanza. Nunca insistiremos bastante en que él tornasola la realidad siempre de luz sobrenatural y a esa luz brota el desprecio como efecto, o, como él dice, «uso principal de la esperanza» (3, 11r).

Parece un absurdo considerar el «desprecio» como flor de la esperanza. Y, sin embargo, es así. Se trata de un desprecio de lo que impide la auténtica esperanza. Porque —explica él mismo— «quien con esperanza de la gloria y por amor de Dios deja alguna cosa, la hallará después con mucho mayor precio... Corta quedará esta virtud de la esperanza divina, si no vence a la humana de cosas del mundo» (3, 11v).

De esta límpida visión de lo sobrenatural y justa valoración de los bienes según su medida, brota la gran consigna, diríamos, la razón de ser de los libros del P. Nieremberg: No amar «lo temporal», sino «lo eterno». El amor de lo terreno lleva a la «codicia» terrena (1, 216), el gran obstáculo para la «codicia» de lo divino.

El alma tiene que elegir entre estas dos «codicias». Sólo puede alcanzar una de las dos, dada la incompatibilidad de ambas. Y Nieremberg puesto en este punto álgido y decisivo, ha considerado como su principal oficio, ir mostrando lo absurdo de apegarse a los bienes caducos terrenos y de no apegarse a los eternos del cielo, o si se pre-

fiere, los beneficios inmensos que provienen de no apearse a lo terreno y de apearse a lo celestial.

Establece una correlación entre la esperanza del cielo y «el desprecio del mundo y de sus bienes» (3, 11r). Pone todo el acento en los bienes celestiales y en cambio no deja de insistir en los males de esta vida.

«Mucho exceden en número los males desta vida a los bienes. Siempre anda con abundancia el mal, y cada año es de carestía del bien, aunque nunca de hambre por los pocos que apetecen manjar saludable.» (3, 94).

En otra carta describe «la locura y sinrazón de los mundanos». «Qué es el mundo, sino una casa de locos? ¿Qué son sus bienes, sino vislumbres de oropel y colores de vidrio triangular?... Cada vicio es un delirio diferente, ridículo y desdichado. Qué es el soberbio? Es un volatín cerrados los ojos. Qué es el avariento? Un ganapán cargado de roscas y se muere de hambre...» (3, 141v.)

Escribe todavía en otra ocasión «de la inconstancia de la felicidad humana» (3, 147r). Considera la prosperidad humana peligrosa (3, 127v). Llega a comparar las pasiones a los mismos demonios (3, 103v) y juzgando el mundo desde la altura olímpida de su ideal, juzga que el tiempo en que le ha tocado vivir es sumamente miserable (3, 143v), trazando una pintura del estado espiritual de España, sin duda exageradamente pesimista y unilateral: «Con el Imperio nos hemos ensoberbecido, despreciando a las naciones extranjeras. Con las riquezas nos hemos desenfrenado en los vicios. Con unos y otros hemos perdido la vergüenza en el pecar, preciándonos tanto de ellos, como en otros tiempos de la virtud... La caridad falta, la esperanza se ha mudado en presunción. Sólo nos queda la fe pura (gracias a Dios), pero esa la tenemos con arrogancia, presumiendo della demasidamente.» (3, 183r.)

* * *

Podía parecer esta doctrina sobre los valores terrenos demasiado negativa, y la actitud del P. Nieremberg envuelta en un tétrico pesimismo descorazonador, como si no tuviese en cuenta la aptitud que encierra «lo temporal» para llevar al hombre a Dios. No se puede negar que de hecho insiste mucho en el lado peligroso y dañino del mundo y mantiene ante él una sicología de defensa. Pero no hay que exagerar la postura del P. Nieremberg. La razón de esta actitud estriba en que él, como lo hemos notado repetidas veces, se mueve fundamentalmente en la esfera del amor y del deseo. Quiere llegar a la zona del corazón, hacer que el hombre se enamore apasionadamente de Dios.

Puesto en esta región, es obvio que tiene que mostrarse sumamente cauteloso respecto al mayor peligro del hombre para conseguir esta inclinación amorosa hacia lo sobrenatural, el hechizo que brota de los gustos terrenos. Los placeres mundanos atraen demasiado, mientras que psicológicamente es muy difícil amar tiernamente a un Dios invisible, que, aunque esté dentro del alma en gracia, aparece como muy

lejano. No se puede conseguir esta afección honda y sentida sin una vida sobrenatural intensa y sólo después de haberse posesionado internamente de los valores divinos.

Pero cuando Nieremberg trata no ya de la afición o del apego, sino del uso de los bienes terrenos, cambia entonces radicalmente su actitud. El mismo en sus escritos precede con el ejemplo al utilizar sin cesar pensamientos e ideas útiles que encuentra en los filósofos paganos, a quienes cita sin cesar, tanto, tal vez, como a los autores cristianos, y ciertamente mucho más que a los evangelistas.

Aduce además continuamente ejemplos de historia profana y ciencias naturales. No nos interesa aquí el hecho de que esos ejemplos sean ciertos o no, sino el que no tuviera reparo alguno en acudir a las fuentes más profanas y aun viciadas para extraer de ellas lo que le parecía podía suministrarle argumentos para su exposición.

Insiste además en sus escritos repetidas veces en que se puede uno santificar —no sólo salvar— en cualquier estado. No es el mundo malo en sí. Lo que es malo es el apego desordenado.

Una persona casada juzgaba que su desazón provenía del estado matrimonial. Nieremberg le escribe descubriéndola el engaño en que se encontraba. El remedio no es, dice, «dejar el matrimonio, sino acomodarse a su obligación». Llega hasta a afirmar que el matrimonio es como «religión más estrecha» y con obediencia de la mujer a su marido más «estrecha... en cierto sentido que de un religioso, el cual aunque vive en una casa con su prelado, no vive en un mismo aposento, ni le tiene tanto cerca de sí ni es siempre un mismo superior, de modo que no sufre toda la vida una misma condición y humor, mas la casada toda la vida ha de llevar la obediencia de uno que tiene inmediatamente junto a sí» (3, 88v).

Fundado en estos principios reprende a una madre que descuida sus obligaciones por un mal entendido afán de devoción.

«La primera devoción debe ser cumplimiento de sus obligaciones. Si estas no se cumplen, no será devoción, sino gusto o vanidad o ilusión. No está el mérito en la quietud sola, no está la santidad en el retiro y sosiego, sino en cumplir lo que Dios quiere y sufrirlo.» (3, 86v.)

Y continúa dando unas consignas que son el mejor certificado del alcance que tiene su visión pesimista de los valores naturales que comentábamos más arriba. Quiere eliminar el gusto excesivo, no el recto aprovechamiento. Con igual energía clama cuando encuentra un apego parecido en el campo espiritual de la devoción, señal evidente que el mal no está en el objeto, los valores naturales o sobrenaturales, sino en el modo desordenado de utilizarlos.

«Mire v. md. por sus hijos, aunque se desasosiegue. Cuide también de sus criadas, aunque pierda de su quietud y retiro, que mejor será que no se

pierdan ellas y también v. md., por no cuidar de lo que debe. Sepa que hay mucho engaño en la devoción y ternura de afecto aun para cosas buenas, y que hay diferencia entre la devoción gustosa y el espíritu verdadero.» (3, 86v.)

De modo parecido hablaba a otra persona.

«Yo no sé de que le sirven a v. md. sus devociones, visitando iglesias, y no perdiendo sermones. Débelo de hacer por curiosidad o por la música, que en cosas tan importantes se descuida.» (3, 102r.)

Incluso a un sacerdote que veía «tan malo el mundo que quisiera huir de él y esconderse de modo que no viere más gente para sólo tratar de su alma» (3, 96v), le exhorta a que se mantenga fiel en su puesto, buscando el recogimiento y soledad interior en medio del tráfico de sus ocupaciones.

«Los sacerdotes no son para sí solos, según institución de Cristo, sino también para el bien de los fieles. Son los capitanes en la iglesia militante, los marineros en la nave de San Pedro, los operarios en la viña del Señor, ni se han de retirar cuando hay batalla, ni esconder cuando hay tempestad, ni descansar cuando hay mayor ocupación y cosecha.» (3, 96v.)

Y sigue exhortando en términos que no dejan lugar a duda de que cuando pinta con pinceladas tan negras al mundo, se refiere al afecto malsano, a los gustos pecaminosos, no a los rectos valores encerrados en él, que reconoce pueden servir de escalones para subir a la encantada región sobrenatural. Una vez más exige la purificación de los afectos desordenados, no la renuncia de lo ordenado.

«Huya de la conversación humana, mas no huya de los fieles, ni se espante de los pecadores, antes los busque para ganarlos para Cristo, que esto lo puede hacer, teniendo su conversación en los cielos, antes lo debe hacer así. Busque un desierto en que no desampare las ovejas de Cristo, como lo hizo San Felipe de Neri, ejemplo de sacerdote, a quien tuvo Dios en medio de Roma, como si estuviera en un yermo... Así ha de ser un celoso sacerdote que ha de estar en los pueblos fuera de los pueblos, apacentando las almas, no desamparándolas. Ha de estar sólo para sí, no para las ovejas de Cristo. Antes con ella guarde una admirable soledad, estando en su compañía.» (3, 96v.)

Llega Nieremberg incluso a escribir un tratado entero sobre la *Virtud coronada en que se propone heroicos ejemplos en todas virtudes de emperadores y reyes de la casa de Castilla y Austria* (3, 229v). No es malo el ser rico o el poseer muchas riquezas naturales. Lo malo es la afición desordenada a las posesiones naturales. Contra esto es contra lo que Nieremberg lanza inyectivas, no contra el mundo en sí. Basta ver las virtudes que recomienda en su obra *Días y obras. Manual de señores y príncipes*, que parecen arrancadas de un manual moderno de espiritualidad.

Habla —además naturalmente de las virtudes teologales, cardinales y demás virtudes clásicas— de la estudiosidad, parsimonia, entretenimiento, fortaleza, confianza, magnanimidad, seguridad, longanimidad, constancia, justicia legal, equidad, agradecimiento, liberalidad, magnificencia, misericordia, penitencia, verdad, afabilidad, amistad.

Nieremberg se coloca siempre en el vértice transcendental de Dios, por encima de toda pasión y gusto. Por eso su obra sigue siendo actual y posee valores imperecederos. Más aún. Hoy que vuelve a florecer una espiritualidad teológica, basada en los principios eternos e incommovibles, los libros del P. Nieremberg plétóricos de auténtica teología, densos de ideas, impregnados de sobrenaturalidad, pueden continuar suministrando a las almas un alimento muy apropiado para su vida espiritual.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.

Facultad Teológica de Oña.